



Anthropology and/as Education

Rolando Silla

Universidad Nacional de San Martín, Argentina, CONICET

orcid.org/0000-0002-4032-6553

rolandojsilla@yahoo.com.br

Cómo citar esta reseña: *Anthropology and/as Education*, de Tim Ingold.

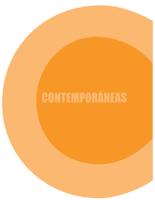
Rolando Silla, María Soledad del Río, Carolina Di Próspero, Joaquín Gómez

Trevijano, Laura Bailaque, Johana Kunin, *Etnografías Contemporáneas*, año 6,

Nº 10, pp. 272-276.

Anthropology and/as Education

Tim Ingold
New York, Routledge¹
2018, 94 pp.



Por **Rolando Silla**,² **Soledad del Río**³
Carolina Di Próspero⁴
Joaquín Gómez Trevijano⁵
Laura Bailaque⁶, **Johana Kunin**⁷

En los últimos años el antropólogo británico Tim Ingold ha dirigido una investigación sobre las vinculaciones entre Antropología, Arqueología, Arte y Arquitectura; ha sido Jefe de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Aberdeen y simultáneamente ha proclamado un manifiesto en contra de la burocratización de la investigación y la enseñanza en las universidades británicas, cada vez más orientadas a una industria del aprendizaje producto de estar sujetas a las fuerzas del mercado, en dónde el estudiante es un cliente más que un aprendiz y el profesor un proveedor de servicios. La suma de estas preocupaciones orienta las intenciones de este libro que más que un estudio sobre la educación o las universidades es un programa de lo que deberían ser estas actividades e instituciones. Específicamente, Ingold lleva sus postulados teóricos a la

1 Esta reseña se realizó en el marco del Proyecto de Reconocimiento Institucional (UNSAM) denominado "Antropología del aprendizaje".

2 CONICET-IDAES/UNSAM.

3 Maestranda en antropología Social IDAES-IDAES/UNSAM.

4 CONICET-IDAES-UNSAM.

5 Licenciatura en Antropología Social y Cultural IDAES-UNSAM.

6 Licenciatura en Antropología Social y Cultural IDAES-UNSAM.

7 Doctoranda en Antropología Social IDAES-UNSAM.

cuestión de la formación en Antropología. Entonces, en este programa para la enseñanza de la antropología en las universidades, no delimitará campos –la antropología o la educación– para luego analizar la forma en que estos se vinculan, sino que verá cómo estas áreas se constituyen en el propio proceso de desarrollo.

Para Ingold la educación no es transmisión de conocimiento sino una práctica de la atención. Partiendo de una de las etimologías de la palabra educación, entendida como “guiar o conducir”, y de atención como “estirarse hacia”, señalará que habitar el mundo es un proceso de atención. El habitar no debería considerarse como opuesto al espacio de enseñanza: se enseña y se aprende para habitar el mundo. Atención no es un corte para detenerse a mirar, sino que es longitudinal, y no es cognitiva sino ecológica, tal cual entiende el concepto el autor: como una unidad entre el medioambiente (correspondiente a la naturaleza) y el contexto socio-histórico (correspondiente a la cultura).

En general se ha pensado la educación como partiendo de estudiantes heterogéneos que la práctica educativa tiende a homogeneizar. Por ello Ingold continúa su reflexión con un abordaje sobre la cuestión de lo común y la diferencia. Para el autor, lo común no refiere a un conjunto de atributos de referencia del que todos los participantes estarían dotados, sino que implica un esfuerzo atento por el cual cada participante proyecta su experiencia hacia adelante de manera que puedan responder a la experiencia de los demás y para lograr una correspondencia que va más allá de lo que cualquiera de ellos pudo haber imaginado y les permita continuar con sus vidas juntos. Este lanzamiento hacia adelante no está dirigido a un objetivo predeterminado. Sus fines son indefinidos e indefinibles más allá de los horizontes de la conceptualización, y por esa misma razón permanecen abiertos a todos. De esta manera, uno no va de los hechos a la teoría, por inducción, o de la teoría a los hechos, por deducción, sino a lo largo de un camino sensible de continua variación. Entendiendo a la comunicación como lo común de la vida y el medio ambiente como su variación, no hay contradicción entre común y variación, sino que son dos términos co-dependientes y cada participante se presenta a una creación continua.

El autor considera que la antropología es la más anti-académica de las disciplinas académicas, que la educación no es un campo o un sector sino un proceso en el andar de la vida, y que la universidad es el universo en el que nosotros estudiamos, y que está fundado no en similitudes esenciales sino en diferencias infinitas. Pero para Ingold esa diversidad viene desde dentro: no existen múltiples mundos de ser, sino uno que deviene de la infinita multiplicidad.

Respecto a la enseñanza y la investigación –las dos tareas principales a las cuales la mayoría de los antropólogos nos dedicamos–, sostiene que

podría parecer una oposición entre libertad y responsabilidad. Señala que la libertad nos viene como una tarea, la debemos más que poseemos y en su cumplimiento descargamos nuestras deudas con los otros, no como una obligación sino como un deber. Somos libres y estamos obligados a responder a los demás. Así es como traemos a otros a la presencia y nos preocupamos por ellos. No puede haber libertad sin responsabilidad y sin preocupación.

Las escuelas y universidades son lugares de estudio. El estudio es continuo, un proceso de perpetuo comienzo, que no apunta hacia el cumplimiento de fines predefinidos. Es transformación, no entrenamiento. Lejos de ofrecer protección y seguridad, o hacer las cosas fáciles, el estudio puede ser difícil y perturbador: rompe las defensas de la precepción y desestabiliza el pensamiento. Estudiar tampoco puede ser sólo la aplicación de un método, sino que es una experimentación paciente.

El estudio paciente es crítico, pero no es crítica constante. No comienza con lo ya pensado ni triangula entre posiciones fijas o puntos de vista. La práctica del estudio siempre abre un exceso, no se ata a un posicionamiento. La educación depende de la participación, pero no de cualquier participación: lo que es distintivo de la participación educativa es que ambos, maestros y alumnos, comparten un interés en el proceso y el posicionamiento de ser transformados por ello. Esta participación transforma la mirada de todo aquel que tome parte en ello y esto genera una perspectiva compartida.

Si los antropólogos enseñamos e investigamos, cuando hacemos esto último lo hacemos para realizar aquello que denominamos etnografía, y éste método implica como técnica principal la observación participante. Ésta difiere solo en grado de intensidad con lo que todas las personas hacen todo el tiempo: no se trata de una forma de trabajo antropológico sino de una expresión condensada de la forma en que todos funcionamos. Se afirma esto no para desprestigiar la técnica y colocarla del lado del sentido común, sino para señalar que el sentido común no es totalmente opuesto al sentido científico, que no es necesario emanciparnos y distanciarnos del mundo para poder conocerlo.

El estudio en el campo es en común más que solitario, sigue problemas reales pero no encuentra soluciones finales y absolutas, es especulativo pero no predictivo, crítico pero no casado con la crítica. El trabajo de campo no es la aplicación de una metodología con el fin de obtener resultados sino una práctica de experimentación paciente que convierte cada respuesta en pregunta. No toda participación es, por lo tanto, antropológica, y según el autor debemos ser escépticos tanto de quienes ofrecen a la participación como la panacea para la investigación “centrada en usuarios”, como de los agentes de aprendizaje que venden

la participación como el ingrediente mágico de la educación “centrada en el estudiante”.

Tampoco la observación participante es coleccionar datos. Es más bien –y una vez más– una práctica de educación, un curso de estudio emprendido en el campo más que en la escuela. El desafío es, entonces, lograr una correspondencia entre curiosidad y deseo de conocimiento con el cuidado hacia aquello que queremos conocer, preocupación fundamental de la antropología de las últimas décadas.

Pese a que el texto refiere a la experiencia del autor con las universidades de su país, creemos que una lectura local agregaría un debate que no sólo luche por el aumento de las partidas presupuestarias –siempre necesario– sino también a preguntarse para qué estamos formando profesionales y científicos, en este caso antropólogos, y cómo los estamos formando; y de si los propios debates en el plano de las nuevas teorías o aproximaciones no están afectando también la propia forma de formar nuevos antropólogos; debate que consideramos poco desarrollado en el ámbito local.